



Equipo de Research:

Fernandez Agustin

Quintero Santiago

Devecchi Di Bella
Nicolás

Artaza Germán

Pelle Mateo
Alejandro

Torrillo Vito

Morosidad en Argentina: Diecinueve meses de escalada

Un fenómeno inédito

La mora escaló desde mínimos históricos en octubre de 2024 hasta un récord de más de dos décadas, multiplicándose por cinco en apenas 19 meses.

Un problema de ingresos

El deterioro responde principalmente a la pérdida de poder adquisitivo de los hogares y al shock de tasas del año pasado, más que a una crisis del sistema financiero en su conjunto.

Un fenómeno segmentado

El 42,8% de los jóvenes de 18 a 25 años con crédito está en mora, la irregularidad no bancaria triplica a la de los bancos (33% vs. 12,7%) y un puñado de provincias del NOA y Cuyo concentra el peor registro del país.

Argentina, en el podio global

El país lidera cómodamente la morosidad de América Latina y se ubica 12° entre economías del mundo de tamaño comparable, a solo 0,5 puntos porcentuales de Nigeria.

Una tregua, no una cura

Junio de 2026 cortó 19 meses consecutivos de subas, pero el alivio luce más asociado al aguinaldo y a refinanciaciones récord (3,4% del crédito a familias) que a una mejora estructural del ingreso disponible.

Morosidad en Argentina

Magnitud, causas y alcance de la mora crediticia en Argentina

El crédito que dejó de ser un plan

El crédito, en su forma más simple, es una apuesta a futuro: uno se compromete hoy a pagar mañana porque confía en que su ingreso va a acompañar esa cuota. Esa misma apuesta la hace, del otro lado, quien presta: un banco o una fintech que evalúa a quién prestarle asumiendo que va a poder cobrar. Ambas lógicas empezaron a fallar en la Argentina desde octubre de 2024, cuando arrancó una escalada de la mora que no tiene antecedentes en más de dos décadas.

No es que la gente haya dejado de querer pagar, ni que el sistema financiero haya dejado de querer cobrar: es que el cálculo con el que se tomó —y se otorgó— el crédito dejó de cumplirse para una porción cada vez más amplia de deudores. Ese desajuste, entre lo que se proyectó al momento de endeudarse y lo que efectivamente se pudo pagar, es la raíz del fenómeno que recorre este informe: hoy son casi 6 millones de personas las que ya no pueden acceder a crédito nuevo por esa razón.

Y la velocidad con la que se llegó hasta ahí es la primera cifra que hay que dimensionar: en apenas 19 meses, la mora se multiplicó por cinco desde el piso de octubre de 2024.

Argentina en el mapa global de la morosidad

Teniendo en cuenta esto, es importante la comparación internacional, ya que ubica a la Argentina en un lugar particular. Considerando solo países con datos de morosidad disponibles y con un PBI de al menos USD 20.000 mm, la Argentina ocupa el duodécimo lugar entre 98 economías por nivel de morosidad del crédito al sector privado, con el 7,6% registrado en junio de 2026. Apenas once países muestran un ratio mas elevado, entre ellos Nigeria (8,1%), a solo medio punto porcentual de distancia. Dentro de América Latina, la Argentina lidera cómodamente el ranking regional: su 7,6% se ubica muy por encima de Ecuador (4,5%), Perú (4,0%), Brasil (3,9%), Bolivia (3,1%), Colombia (3,0%), Chile (2,4%) y México (2,2%), y lejos de Nicaragua (1,0%), el país con menor morosidad de la región. La comparación con las economías más desarrolladas es todavía más elocuente, niveles mucho menores al de Argentina.

Hay una razón de fondo por la que esta comparación importa más de lo que parece a simple vista. La mora no es solo un termómetro del comportamiento de los deudores: también refleja qué tan caro y qué tan volátil es financiarse en cada país. Una economía con mora baja generalmente puede ofrecer crédito a tasas más bajas y a plazos más largos, porque el riesgo de no cobrar es menor; una economía con mora alta queda atrapada en el círculo inverso, donde el riesgo eleva la tasa, la tasa eleva la cuota, y la cuota más cara vuelve a elevar el riesgo de que no se pague.

Ese círculo es, en buena medida, la explicación de por qué el crédito privado argentino pesa tan poco sobre el PBI en comparación con el resto de la región.

Morosidad del crédito al sector privado por país (%)

País	Mora sector privado (%)	Grupo / referencia
Argelia	20,7	Global (más alto)
Bangladesh	19	Global
Ghana	18,9	Global
Irak	16,5	Global
Angola	14,1	Global
Ucrania	13,9	Global
Kenia	13,6	Global
Kirguistán	10,1	Global
Sri Lanka	9,9	Global
Marruecos	8,2	Global
Nigeria	8,1	Global
Argentina	7,6	12° de 98 países — 1° de América Latina
Ecuador	4,5	América Latina
Perú	4	América Latina
Brasil	3,9	América Latina
Bolivia	3,1	América Latina
Colombia	3	América Latina
Chile	2,4	América Latina
México	2,2	América Latina
Estados Unidos	1	Economía desarrollada
Nicaragua	1	América Latina (más bajo)
Reino Unido	0,9	Economía desarrollada
Suiza	0,8	Economía desarrollada
Canadá	0,7	Economía desarrollada
Israel	0,7	Economía desarrollada
Noruega	0,4	Economía desarrollada
Suecia	0,4	Economía desarrollada

Fuente: Club de Finanzas UADE en base Central de Deudores del BCRA (CENDEU) y Banco Mundial

Del piso de 2024 al récord de dos décadas

En octubre de 2024, la cartera irregular del sector privado no financiero tocó un mínimo histórico: 1,5% en el total, 2,5% en las familias y apenas 0,7% en las empresas, según el procesamiento de la consultora 1816 Economía & Estrategia sobre la Central de Deudores del BCRA (CENDEU). Ese piso resultó ser, en realidad, el punto de partida de una escalada que no dio tregua: durante 19 meses consecutivos, mes a mes y sin una sola pausa, la mora siguió subiendo hasta tocar en mayo de 2026 un máximo de 7,7% en el agregado del sector privado —12,8% en las familias, el nivel más alto en más de dos décadas, y 3,5% en las empresas—. Recién en junio de 2026 apareció la primera señal de freno: el total del sector privado cedió a 7,6% y la mora de familias a 12,7%, mientras la de empresas se mantuvo sin cambios.

Factores detrás del salto

¿Qué explica un salto de esta magnitud en apenas año y medio? La lectura que comparten el Banco Central y buena parte de las consultoras privadas combina al menos tres factores.

En primer lugar, la propia velocidad de expansión del crédito: entre el segundo semestre de 2024 y el primero de 2025 los préstamos a las familias crecieron a un ritmo poco selectivo, en un sistema financiero que, tras años de bajísima penetración crediticia, todavía estaba reconstruyendo su capacidad de evaluar riesgo de manera granular.

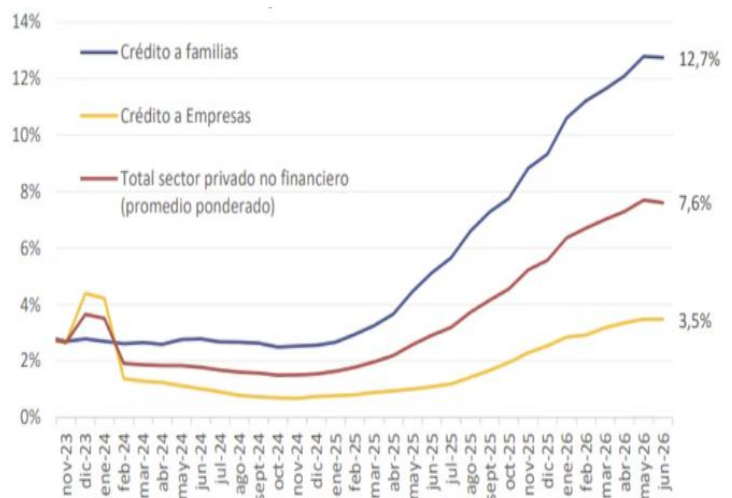
En segundo lugar, el fuerte incremento de las tasas de interés reales durante 2025, en simultáneo con la desaceleración de la inflación. Durante años, la inflación alta licuaba las deudas en pesos: la cuota pactada perdía valor real mes a mes, más rápido cuanto más alta era la inflación. Al bajar la inflación, esa brecha entre lo pactado y lo efectivamente pagado se achicó, y las cuotas empezaron a pesar en términos reales casi lo mismo que pesaban en el papel —algo distinto a lo que había ocurrido en gran parte de los últimos años.

En tercer lugar, y de manera más estructural —el factor más importante de los tres—, el estancamiento del ingreso real: cuando el salario no le gana a la inflación, la misma cuota absorbe una porción cada vez mayor del ingreso y reduce la capacidad de pago de los hogares, empujando la mora al alza.

Estos factores se retroalimentan: a medida que sube la mora, los bancos y las demás entidades se vuelven más selectivos, y una porción creciente de la población deja de ser "sujeto de crédito", lo que reduce el crédito disponible sin resolver el problema de ingresos de fondo.

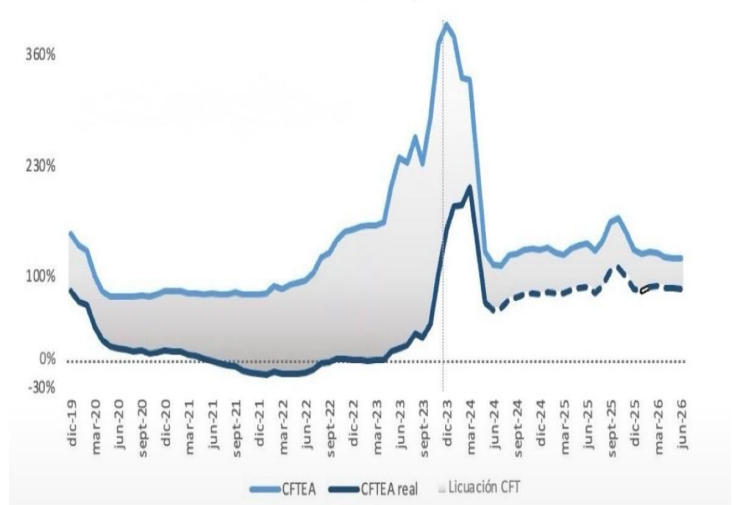
UADE FinLab

Evolución de la morosidad en Argentina



Fuente: Club de Finanzas UADE en base a informe sobre bancos.
BCRA

Licucción del costo financiero total CFTEA pactado vs efectivo



Fuente: Club de Finanzas UADE en base a BCRA

Velocidad, historia y contexto

Lo que distingue al episodio actual no es tanto su nivel absoluto como su velocidad y su contexto. La mora de las familias como mencionamos, se multiplicó por cerca de cinco en apenas un año y medio, un ritmo de deterioro que el propio Banco Central, en su Informe de Estabilidad Financiera de 2019, ya había identificado como atípico en otro episodio: la suba de mora registrada entre 2018 y 2019 —tras la crisis cambiaria de aquellos años— resultó proporcionalmente mayor a la observada durante la recesión internacional de 2008-2009, pese a que esta última fue, en términos de actividad económica global, un shock mucho más severo. Ahí también se desprende una misma lectura: la mora argentina responde más a shocks locales —cambiaros, de tasas, de ingresos— que al ciclo económico internacional. Medida, ahora, contra su propia historia, la Argentina muestra un nivel todavía moderado: el país ya atravesó episodios de morosidad bancaria bastante más severos, pero ahora lo inédito no es cuánto se debe hoy, sino la rapidez con la que se llegó hasta acá.

A eso se suma un rasgo estructural: el crédito privado equivale a apenas 12% del PBI, muy por debajo del 80% de Brasil, herencia de décadas en las que la inflación crónica desalentó el crédito y llevó a los bancos a vivir de comisiones y de financiar al sector público antes que de evaluar riesgo.

Esa tensión de fondo es la misma que ya hemos tratado al analizar el esquema cambiario: las tasas reales elevadas que ayudaron a bajar la inflación y sostener el dólar son, muy probablemente, uno de los motores centrales detrás del encarecimiento de las cuotas que hoy explica buena parte del deterioro crediticio.

Credito al consumo: El nucleo del deterioro

El deterioro no golpea parejo entre productos, y el patrón es revelador: la mora es más alta, precisamente, en las líneas que financian el consumo cotidiano, y más baja en las que financian una decisión planificada. Los préstamos personales y las tarjetas de crédito —sin garantía real, de aprobación rápida y muchas veces usados para llegar a fin de mes— concentran la mayor parte del saldo irregular: según datos de la Central de Deudores, los préstamos personales exhibían una irregularidad de 15,9% y las tarjetas de 13,1%, ambas muy por encima del promedio del sistema, sumando entre ambos cerca de tres cuartas partes de la cartera irregular de las familias.



Fuente: Club de Finanzas UADE en base a CENDEU (BCRA)

En el otro extremo aparecen los créditos con garantía real —prendarios (7,7%) e hipotecarios (apenas 1,6%, la línea con mejor comportamiento de todo el sistema)—, asociados casi siempre a una decisión meditada y de largo plazo. La brecha entre ambos mundos no es casualidad: la garantía real disciplina tanto al deudor, que sabe lo que arriesga, como al proceso de originación del banco, que analiza mejor a quién le presta.

Ese mismo patrón —crédito reactivo, no planificado— también apareció del lado de las empresas. La mora corporativa, aunque muy por debajo de la de los hogares, pasó de 0,8% en febrero de 2025 a 2,9% un año después. Buena parte de ese salto respondió a compañías que tomaron deuda para sostener stock de mercadería, una estrategia que funcionaba como cobertura mientras la inflación era alta —el valor de lo guardado subía más rápido que el costo del crédito— y que dejó de tener sentido cuando la inflación bajó: el stock se dejó de revalorizar, pero la deuda tomada para sostenerlo, no.

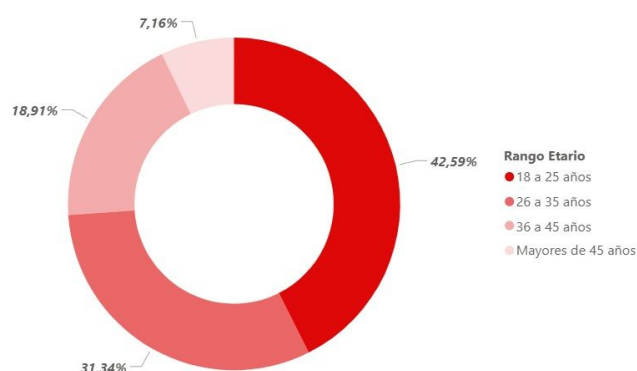
Ese crédito más reactivo que planificado tiene, además, una cara etaria y territorial bien marcada: son los más jóvenes y las provincias del interior los que más lo sienten.

El gradiente etario y territorial

La morosidad no golpea parejo ni entre generaciones ni entre provincias, y el patrón es nítido en ambos casos. En mayo de 2026, el 42,59% de los deudores de 18 a 25 años tenía al menos un crédito irregular, proporción que cae de forma sistemática con la edad hasta 7,16% entre los mayores de 75. No obstante, al ponderar por volumen de deuda el pico se traslada al tramo de 26 a 35 años (39,3% del saldo): los más jóvenes son mayoría entre quienes dejan de pagar, pero quienes más plata arrastran en mora ya llevan algunos años más de historial —y de deuda acumulada— encima. Detrás de ese gradiente hay una combinación de factores: mayor informalidad laboral e ingresos más bajos entre los menores de 25, menor acceso a crédito bancario tradicional —lo que empuja hacia fintechs y billeteras, que aprueban más rápido pero cobran tasas más altas—, y la ausencia de una experiencia previa de default propia o cercana que funcione como freno.

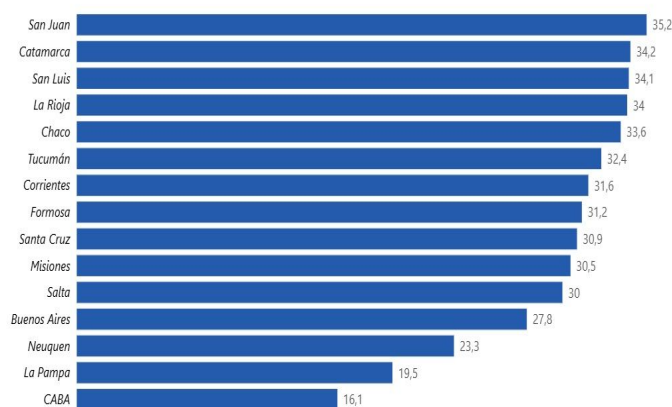
Ese mismo patrón de disparidad se refleja de manera analoga en el mapa: un grupo acotado de provincias del NOA y Cuyo —San Juan, La Rioja, Catamarca y San Luis— concentra de forma sistemática la mayor irregularidad relativa del país, mientras que CABA y La Pampa se ubican entre los distritos de mejor desempeño. La explicación es, otra vez, de ingresos y estructura económica: esas provincias tienen mercados laborales con más empleo informal, economías más expuestas a la estacionalidad y menor presencia bancaria, mientras que CABA concentra los ingresos formales más altos del país y el acceso más amplio a crédito en buenas condiciones.

Morosidad por rango etario



Fuente: Club de Finanzas UADE en base a CENDEU (BCRA)

Ranking % de deudores en mora por provincia



Fuente: Club de Finanzas UADE en base a BCRA

Un matiz importante: todavía no es un problema de solvencia

Que la Argentina lidere el ranking regional y esté entre los peores registros del mundo no equivale, sin embargo, a que el sistema financiero esté en riesgo. Hay una distinción clave para entender por qué: una cosa es la mora *bruta* —el porcentaje de la cartera total que está impaga— y otra muy distinta es la mora *neto de provisiones*, que descuenta el colchón que los bancos ya apartaron por regulación ante la posibilidad de no cobrar. Esa segunda medida es la que de verdad mide el riesgo patrimonial del sistema, y ahí el panorama cambia bastante: el crédito irregular neto de provisiones equivalía a solo 1,4% de la responsabilidad patrimonial computable (RPC) del sistema hacia abril de 2026, muy por debajo de la mediana internacional de 6,5%.

Un dato adicional refuerza esa lectura: las provisiones que los bancos constituyeron por regulación cubren el 86,3% de toda la cartera irregular del sistema, y el crédito irregular neto de esas provisiones equivale a apenas 2,2% del capital regulatorio de las entidades. Es decir, casi nueve de cada diez pesos en mora ya están cubiertos de antemano por el propio sistema. En otras palabras, el riesgo que hoy enfrenta el sistema financiero argentino no parece ser de solvencia, sino de su capacidad de volver a traccionar el consumo de los hogares —y esa capacidad depende, en última instancia, de algo que ningún colchón de provisiones puede compensar: qué tan preparado está el propio deudor para tomar un crédito y sostenerlo.

Los sesgos detrás del crédito en Argentina

Es importante mencionar una variable de la que no se habla muy a medida, pero que ayuda a explicar buena parte de la brecha con el resto de la región: el nivel de conocimiento financiero de la población. En mediciones internacionales que evalúan nociones básicas de finanzas personales, la Argentina quedó entre los peores puestos de su región. Eso se traduce, en la práctica, en decisiones cotidianas: usar la tarjeta de crédito como si fuera un adelanto de sueldo en lugar de un préstamo con costo, no distinguir entre lo que anuncia una publicidad de crédito y lo que termina pagándose en la cuota final, o no dimensionar lo que implica pagar únicamente el mínimo mes tras mes.

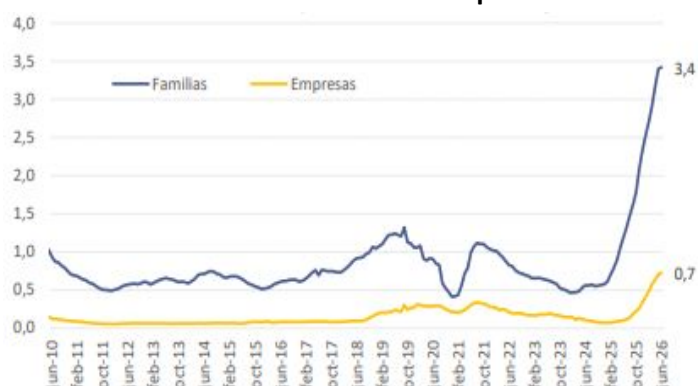
Esa brecha de conocimiento no actúa sola: se combina con ingresos más bajos e inestables en los primeros años de vida laboral, y con algo más difícil de medir pero igual de real —una memoria colectiva moldeada por décadas de inflación alta y crisis recurrentes, que se transmite de generación en generación casi como una intuición aprendida más que como una lección explícita.

Esa memoria termina definiendo, incluso, para qué sirve el crédito. En contextos más estables, tomar deuda suele ser el modo de anticipar un proyecto concreto y sostenido en el tiempo. En la Argentina, la costumbre de que las reglas de un préstamo cambien mientras la deuda todavía está vigente —los créditos ajustables por inflación son el ejemplo más claro— instaló una lógica distinta: pedir prestado dejó de ser, para muchos, una forma de planificar el futuro, y pasó a ser una manera de resolver una necesidad inmediata sin saber, de antemano, cuánto va a terminar costando esa decisión. Ese es, en el fondo, el hilo que atraviesa todo este informe: una economía donde el crédito escaló muy rápido, se volvió más caro, y encontró del otro lado a hogares con menos margen de ingreso y menos herramientas para anticipar el costo real de lo que estaban financiando, dejando de utilizarlo como una herramienta de planificación. La pregunta que queda abierta es cuánto de ese cuadro empezó a revertirse — y ahí entra en juego el dato más reciente: la pausa que mostró el aumento de la mora en junio de 2026.

La pausa de junio, bajo la lupa

La pausa de junio conviene leerla con cautela. Técnicamente, la mejora combinó dos cosas a la vez: una desaceleración en el ritmo de crecimiento de los saldos irregulares, y un aumento en términos reales del saldo total de financiaciones —dado que la irregularidad es, en definitiva, un cociente entre ambos, alcanza con que el segundo crezca más rápido que el primero para que el ratio baje, sin que eso implique que la deuda impaga haya dejado de crecer—. A eso se sumaron el cobro del medio aguinaldo, que permitió a numerosos hogares regularizar cuotas atrasadas, y un nivel récord de refinanciaciones —que llegaron a representar 3,4% del saldo total de crédito a familias y 0,7% del de empresas—. Los tres factores alivian el ratio sin resolver la causa de fondo: el aguinaldo es un ingreso extraordinario y estacional, y una refinanciación extiende el plazo de pago en lugar de cancelar la deuda.

Refinanciaciones del sector privado



Fuente: Club de Finanzas UADE en base a BCRA

Irregularidades en el crédito a familias de entidades financieras y no financieras



Fuente: Club de Finanzas UADE en base a CENDEU (BCRA)

De hecho, la mora continuó subiendo en 18 de las 30 principales entidades financieras durante junio, y en el segmento no bancario —fintechs y billeteras virtuales— siguió trepando hasta 33%, lo que matiza el optimismo sobre un quiebre de tendencia genuino. Esa resistencia del segmento no bancario tiene una explicación consistente con todo lo demás: ni el aguinaldo ni las refinanciaciones llegan ahí con la misma fuerza. Son créditos más chicos, más atomizados entre miles de deudores, y con procesos de renegociación menos desarrollados que los de la banca tradicional —por eso, mientras el sistema bancario empezó a mostrar los primeros signos de estabilización, el no bancario siguió deteriorándose sin freno.

Ese freno estadístico, además, convive con una consecuencia que ya señalamos: una porción cada vez mayor de la población quedó al margen del crédito nuevo. Y aunque el ritmo de aumento nominal de los préstamos mejoró en junio y julio respecto a los meses previos, ese crecimiento sigue siendo marginal en términos reales —una señal más de que la mejora del ratio todavía no vino acompañada de una recuperación genuina del crédito, y sobre qué tan sólida es esa mejora, el propio sistema financiero no tiene una sola lectura.

El diagnóstico del sistema financiero

Distintas voces del sistema financiero y del mundo académico coinciden en el diagnóstico de fondo, aunque con matices sobre cómo leer la evolución reciente. Desde las propias autoridades monetarias se llegó a sostener que la mora había tocado su pico en el segundo trimestre de 2026 —una lectura que el resto del mercado recibió con cautela, a la espera de la confirmación de los datos de los meses siguientes.

Desde la banca privada se reconoce que los segmentos más golpeados —crédito personal, tarjetas, financiamiento no bancario— siguen presentando problemas, y que una recuperación más firme del crédito depende de que la inflación siga bajando y los ingresos de los hogares se recompongan.

También se insiste en relativizar el dato mensual: el ratio de mora tiene una inercia considerable, porque refleja decisiones de pago tomadas varios meses atrás —es, en ese sentido, una fotografía del daño acumulado más que un termómetro del presente. Y hay una lectura más estructural: sin margen fiscal para dar estímulo, y con el crédito frenado en gran medida por el propio problema de la mora, la principal palanca de reactivación económica de los últimos dos años quedó, por ahora, fuera de juego. Ahí aparece, otra vez, la misma tensión de fondo que ya planteamos al hablar del esquema cambiario: la política del gobierno que hoy persigue un objetivo (menos inflación) termina jugando en contra de otro (más crédito y más consumo).

A eso se suma un incentivo muy concreto que juega en contra de una recuperación rápida del crédito: con la mora todavía elevada y con dudas razonables sobre hacia dónde van las tasas en 2027, algunos instrumentos de inversión en pesos ofrecen hoy retornos altos y prácticamente asegurados por varios años —lo que implica, para quien los compra, un margen de rentabilidad muy superior al que conseguiría prestándole a familias o empresas con el riesgo de mora actual. Entre asegurarse ese margen sin sobresaltos y volver a exponerse a la incertidumbre del consumo, buena parte de las entidades financieras eligió, por ahora, lo primero.

Este diagnóstico —una mora que probablemente encontró un techo, pero que todavía no resolvió su causa de fondo— es el punto de partida para pensar qué viene. Quedan, de cara a los últimos meses del año, algunas cuestiones abiertas que van a definir si este ciclo realmente se revirtió o si solo hizo una pausa: si junio fue un techo genuino o apenas un efecto estacional que se disipa junto con el aguinaldo; cómo juega el calendario electoral de octubre de 2027, que empuja a las entidades a seguir siendo conservadoras a la hora de prestar; y si, en algún momento, el crecimiento que hoy traccionan la minería, el agro y la energía empieza a derramar hacia los sectores más intensivos en empleo —industria, construcción, comercio—, algo que sería la señal más genuina de que el ingreso de los hogares por fin acompaña al crédito. En el fondo, todas esas preguntas remiten a una sola: si el crédito en la Argentina vuelve a ser, poco a poco, una herramienta de planificación, o si sigue corriendo por delante de la capacidad real de los hogares para sostenerlo.



Club de Finanzas UADE

Miembros Equipo de Research:

Artaza Germán

Devecchi Di Bella Nicolás

Fernandez Agustin

Pelle Mateo Alejandro

Quintero Santiago

Torrillo Vito

Pablo Gustavo Salina

Director de Carrera Lic. en Finanzas

Karina Elizabeth Díaz

Club Advisor

Información Importante

• Este informe no constituye bajo ningún concepto una recomendación o asesoramiento en materia de inversiones. La rentabilidad pasada no garantiza rentabilidades futuras. Las inversiones están expuestas a las oscilaciones del mercado y a los factores de riesgo correspondientes.

• Este informe ha sido elaborado de buena fe, a partir de fuentes consideradas fiables, pero no infalibles.